

quien no tenía la más mínima inclinación; que el don Jacinto era un mozo bien nacido, que lo conocía mucho y á sus padres; que era muy hombre de bien, y si no tenía el caudal de don Cosme, no le faltaría á su hija lo preciso, pues tenía en una de las oficinas reales de esta ciudad destino decente y con escala; que para ella, que era una niña pobre, no estaba desigual el casamiento; que era mejor dejar á las hijas casarse á su gusto que no exponerlas á hacerse infelices toda su vida y de camino á los hombres con quienes se unen. En fin, el buen sacerdote le dijo cuanto pudo; pero, como he dicho, todas sus diligencias fueron vanas, porque don Lucas estaba inexorable. Decía que nadie sabía más que él lo que le importaba á su hija, pues al fin era su padre; que era excusado lo persuadieran á que la dejase casar con el pelado de don Jacinto, porque tenía á su favor la pragmática sanción publicada en Madrid en 27 de Marzo de 1776, según la cual no se casaría sino con quien él quisiera, mientras no estuviese habilitada de la edad, y que si se casara sin su consentimiento, ayudada de algunos que la quisieran favorecer, anularía el matrimonio, pues como era su padre, tenía facultad para todo.

El eclesiástico procuró sacarlo de estos errores, diciéndole que el espíritu de la ley era sujetar á los hijos para que no abusasen de su libertad en conocido perjuicio suyo; pero no ampliar sin límites la autoridad de los

padres, permitiéndoles se opusieran á los honestos enlaces de sus hijos, sólo por codicia, venganza ú otros fines tan indignos como estos; que el ser este el espíritu de la ley se prueba con ella misma, pues deja á los hijos en absoluta libertad para que contraigan matrimonio con quien quieran y sin necesidad de la licencia de sus padres, luego que han llegado á cierta edad, en que se consideran con suficientes conocimientos y experiencia, y que también era un error creer que el matrimonio celebrado en cualquier tiempo sin el permiso paternal era nulo, pues contra los que tal dijieran había fulminado una terrible excomunión el Santo Concilio de Trento.<sup>1</sup>

Ninguna de estas ni otras razones del eclesiástico sirvieron para otra cosa sino para irritar al encaprichado don Lucas, y el confesor, viendo que nada conseguía, se despidió.

Inmediatamente el malvado padre, consultando con don Cosme, con su mujer, con su hijo y con todos, menos con Irene, trató de apresurar el casamiento.

Para esto, luego que se fué el confesor, salió él también á la calle con el mayor disimulo, y á la una del día volvió, y encerrándose con Irene, le dijo: — Parece que tú no has escarmentado con el convento; aún te inclina mucho ese pelagatos de don Jacinto y repugnas casarte con el honrado don Cosme, con un hombre macizo, de

<sup>1</sup> Ses. 24, cap. I.

experiencia, que te quiere mucho y nos puede hacer felices á todos, porque es muy rico y tiene dinero que le sobra. Si vieras lo que te ha prevenido para darte de donas el día que dés el sí, te espantarías. Un ropero te tiene todo de ropa nueva, de última moda y hecha á tu medida; porque con tiempo se han pedido á tu madre camisas, túnicos, medias y hasta zapatos tuyos. Por lo que toca á alhajas no tienen número, pues á más de las de sus difuntas mujeres, que ha tenido dos, te ha comprado muchas del día y de valor. Fuera de esto, me ha prometido dotarte en seis mil pesos, por si muriere sin hijos; habilitarme con cuatro mil, para que yo los gire en lo que quiera, sin tomar él nada de las utilidades, y poner á tu hermano de administrador de una de sus haciendas con buen partido.

Conque ya ves que estas fortunas no se proporcionan todos los días; que si esta coyuntura se pierde, no se ofrecerá otra toda la vida, y que tú puedes hacernos felices á todos, con sólo que olvides al picarillo de Jacinto y te cases con don Cosme.

Si yo te pidiera que ayunaras á pan y agua cuatro meses, que te desollaras á azotes, que te sacaras las muelas ó que te dejaras matar, harías muy bien de no obedecerme, porque éstos serían unos sacrificios muy costosos; pero que te cases con don Cosme ¿qué dificultad hay en ello, qué inconveniente, qué imposible? Es

verdad que él ya es viejo; pero debajo de la barba cana vive la mujer honrada. Es un payo tonto; pero tú no lo has de querer para que te predique sino para que te dé gusto. A más de que, por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, porque en cuatro días se muere y poca guerra te dará; y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo cuanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos. Cátate ahí que entonces quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Conque, ¿qué dices, hija mía, te casas con don Cosme? porque ya está todo prevenido.

—Papá, dijo Irene, yo no aprecio el dinero más que mi gusto, y si usted me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con don Jacinto y por él despreciaré á un rey.

—¿Eso me dices á mí, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? le respondió don Lucas. Pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra, y te has de casar con don Cosme ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. ¡Ya me conoces! ¡eh! ¡ya me conoces! Conmigo no se juega. No pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decía por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan para poco. A mí me ahorcarán, pero no me moriré de pesadumbre, ni será por nada, sino por algo.

Mira, ¿ya ves este puñal nuevecito? pues lo he comprado hoy para matarte si no me obedeces ciegamente. Esta tarde ha de venir el cura á tomarte el dicho, y yo he de estar presente. Conque resuélvete: ó *le dices que es tu gusto casarte con don Cosme* ó ya puedes hacer actos de contrición, porque *esta tarde mueres á mis manos*. — Diciendo esto, se salió del cuarto ó aposento.

Ya se deja entender el conflicto de esta infeliz muchacha. Comió por ceremonia; á la tarde, á cosa de las cuatro, llegó el cura de la respectiva parroquia con un notario; llamaron á Irene; salió la triste forzada, y parado su padre detrás de ella, metida la mano en el faldón de la levita, mirándola con ojos centelleantes, la obligó á dar el sí, y á decir que era su voluntad casarse con don Cosme. Su mano trémula firmó su sacrificio, y se concluyó aquel acto terrible.

Al día siguiente llevaron á su casa las donas, que según ella dice, son de costo; pero las recibió con demasiada frialdad, y sobre esto la riñeron sus padres y su indigno hermano. Esto fué el viernes; el sábado le dijo su padre que ya estaba conseguida la dispensa de *vanas*, que es de amonestaciones ó publicatas; que el domingo sería la boda ó la dada de manos, como suelen decir. ¿Cómo se quedaría Irene con esta nueva? Fácil es inferirlo. Llegó el domingo; en la mañana fué á verla el novio, y por primera vez le habló de amores; pero esto

á presencia de todos sus tiranos. El paso sería de los más célebres. La muchacha lo cuenta con mucha gracia, porque dice que don Cosme es, en efecto, un macho cargado de plata; un vejancón muy rústico, criado en las Batuecas y lleno de ignorancia y de engrandecimiento con su dinero; circunstancias que lo hacen ridículo y odioso hasta lo sumo.

Irene sufrió una hora de penitencia con estar hablando con él; la angustia de su corazón era mucha; no sabía cómo escaparse del próximo peligro que la amenazaba ni tenía de quién fiarse sino de nana Felipa para avisar á su amante que en aquella noche debían verificarse sus desgraciadas bodas; pero aun de nana Felipa desconfiaba, porque dice que es muy tonta y muy escrupulosa. Sin embargo, atropelló con todo, y con muchas lágrimas y cuatro escuditos de oro de á dos pesos le suplicó llevase á don Jacinto un papel mientras comían, y que no se volviese sin respuesta. El oro todo lo vence; la vieja llevó el papel, y después de siesta entregó á Irene la respuesta de don Jacinto, que se reducía á decirle que desde la siete de la noche estaría un coche parado en la esquina y él en un zaguán de enfrente de su casa con otro compañero; que si se resolvía á no casarse, que hiciera por salirse, y que estando en la calle verían entre los dos qué se hacía.

Trabajo le costó á Irene resolverse á una fuga tan

inconsiderada; pero el tiempo corría, amaba á don Jacinto, aborrecía al novio viejo, y ya le parecía que la casaban con él en esa noche; y así, ya cerca el toque de las oraciones, se determinó á salirse de su casa. Hizo un lío con alguna de su ropa, guardó sus alhajas y lo escondió todo debajo de la escalera.

A esa hora llegó el peluquero, la peinó muy bien, y su madre la compuso como novia con el mejor túnico y las mejores alhajas que le había comprado el viejo, quien dice que andaba muy contento, rasurado y hablador. Don Lucas no cabía en sí de gusto; la madre y el hermano estaban locos; los criados entraban y salían previniendo el refresco, y la novia hizo tan bien el papel de que estaba muy alegre, que los engañó á todos completamente. Pendientes estaban los viejos y ella del reloj. Los viejos deseaban que dieran las siete, á cuya hora esperaban al cura, é Irene las deseaba también para marcharse. Cada rato preguntaba á su padre qué hora era, y éste decía á don Cosme: —¿Qué le parece á usted, amigo? ya no ve la señorita la hora de que den las siete. ¡Vaya, vaya, todo ha salido como se apetecía!

Apenas dió la primera campanada de las siete, se asomó ella al balcón, vió el coche en la esquina, conoció á su amante, y aprovechando un momento favorable que le proporcionaron unas señoritas que llegaron de visita, bajó corriendo; se vistió el túnico y la mantilla negra y

se salió para la calle. Al salir dice que entró el cura y otros señores; le dieron las buenas noches y pasaron de largo. Asegura Irene que de su casa á la esquina donde estaba el coche se le hizo una legua, y cada instante pensaba que iba su padre detrás de ella y la mataba.

En fin, entre estos sustos llegaron al coche, subió y se alejaron de su casa á todo trote. Su querido Jacinto la procuró serenar y la obsequió del mejor modo, aunque ella nada quiso tomar.

En andar calles se les fué la noche sin atreverse don Jacinto á llevarla á ninguna casa de sus conocidos, por no exponerla á que se hablara de su honor. Ella tampoco quería ir á ninguna casa de sus conocimientos, porque temía que se lo avisaran á su padre. Con esta irresolución pasaron por casa á las diez de la noche, oyeron música, se informaron de que había baile, y preguntando quién vivía allí, les dijeron que la monja ó la Carlota, la mujer del inglés. Al instante se acordó Irene de su amiga y compañera, y le dijo á don Jacinto que en ninguna parte se juzgaba más segura, porque Carlotita la quería mucho y era de muy buen corazón, y que á más de esto su padre no podía presumir que estuviera allí, porque no la conocía sino por el nombre. Con esto se despidió de su amante, subió la escalera, se detuvo en la puerta de la sala para ver á Carlota, y luego que la conoció, se acercó á ella y se entraron las dos en la recá-